

La Inmaculada Concepción de la Virgen María

8/12/2014

Oratorio de san Felipe Neri

Alcalá de Henares

Queridos hermanos,

Con esta fiesta de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, Dios nos trae la alegría y la belleza de una vida sin pecado.

La primera lectura es un fragmento, sólo un fragmento, del relato del pecado original, porque la atención no se pone hoy en el pecado como tal, de ser así se leería el relato completo, sino en la victoria de María sobre el pecado. El fragmento de hoy sencillamente nos da noticia de que el pecado se ha producido y de una de sus terribles consecuencias: se apodera del hombre la idea de que es despreciable y de que Dios lo rechazará. Y así, atemorizado, se aleja y se esconde de Dios: **“Me dio miedo –dice Adán– porque estaba desnudo y me escondí”**.

El pecado original tiene muchas consecuencias terribles. Pero aquí todas ellas se resumen en este doble engaño en el que cae el hombre: tenerse a sí mismo como alguien despreciable y hacerse una falsa imagen de Dios, como si fuese incapaz de compasión. Y así lo teme, se aleja y esconderse de él.

La Iglesia Católica enseña que el pecado original, con sus consecuencias, alcanza a todos los hombres y que todos venimos a este mundo marcados y manchados por este pecado y por sus consecuencias. Y todos tenemos en el fondo esta tendencia de temer el encuentro con Dios, el encuentro cara a cara con él. Todos menos Santa María.

El fragmento que hemos escuchado pone de manifiesto también que el hombre tiene un enemigo poderoso, el diablo, que desde el principio busca su destrucción. El pecado de Adán y Eva es ciertamente pecado, un acto libre de desconfianza y de desobediencia, pero es el acto de quienes son engañados por otro, no nace espontáneamente de ellos y no son conscientes totalmente de lo que están haciendo. El pecado les es sugerido desde fuera. En el hombre hasta el pecado más terrible tiene cierta dosis de ignorancia. Dios sabe eso y esa cierta ignorancia abre la puerta de su misericordia. Así, cuando Cristo en la cruz soporta todo el pecado del hombre, eleva su voz al Padre y dice: **«Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen»**.

El diablo, por el contrario, sí sabe perfectamente lo que hace: él engaña con el único deseo de destruir, no a Dios que no puede, sino al hombre. Nosotros estamos en lucha con él y, si nosotros no luchamos, quizá sea porque él tiene la habilidad de invadir nuestra alma y nuestra vida silenciosamente, sin que nos percatemos. Pero él sí lucha, como un enemigo sigiloso y terrible. Lucha y trabaja por nuestra destrucción sin descanso, día y noche, dentro o fuera de la Iglesia para separar al hombre de Dios y destruirlo. Y puede hacerlo, si no estamos en vela.

La realidad de esta guerra nos lleva al tercer elemento que se pone de manifiesto en el texto del Génesis. Que esta guerra será ganada por el hombre. La primera lectura da una imagen

absolutamente positiva del hombre y de su futuro. A pesar de que las huellas del pecado están por todas partes y de que las consecuencias del pecado nos abruma con su peso, incluso entre nosotros, incluso entre los ministros de Dios, el libro del Génesis afirma la victoria del hombre. Porque a pesar del pecado, DIOS NO HA DEJADO AL HOMBRE SOLO. Desde el mismo instante en que el hombre peca, Dios comienza la obra de la redención humana, de la salvación. Esta obra de la salvación es una obra de Dios, pero también del hombre y la culminará un hombre, uno nacido de mujer. Por eso dice Dios a la serpiente: **“Establezco hostilidades entre ti y la mujer, entre tu estirpe y la suya; ella te herirá la cabeza cuando tu la hieras en el talón”**. Un acto sencillo y aparentemente sin importancia, del que nadie tuvo noticia en su momento, deshizo toda la astucia del diablo y toda la fuerza de su mentira: el sí de María a Dios inició la victoria del hombre, que se culminaría con el sí de Jesús en la cruz. María es la nueva Eva y Jesús es el Nuevo Adán. En Eva se introdujo la desconfianza hacia Dios en el corazón del hombre, en María vuelve a tomar asiento la confianza y dice: «Si, hágase tu voluntad», aún sin saber todas las consecuencias que se seguirían de aquel primer «sí». El «sí» de María nos dio a Jesucristo, quién vence por nosotros y nos trae la vida divina, la vida con Dios.

Ahora, ¿qué es exactamente el contenido de la fiesta que celebramos de la Inmaculada Concepción de María? –Que María, que había de ser la Madre del Salvador, por los méritos futuros de su Hijo fue preservada por Dios del pecado original y de las consecuencias que sobre el hombre concreto ejerce el pecado. Así fue concebida sin mancha de pecado, purísima. La doctrina católica enseña que este hecho tiene una finalidad precisa: hacer que María, liberada de la esclavitud del pecado, sea totalmente libre ante Dios y pueda deshacer lo que hizo Eva; y, al tiempo, preparar al Hijo de Dios una digna morada, un cuerpo y un alma sin mancha de pecado.

El pasaje que hemos escuchado en el Evangelio, el relato de la anunciación, expresa la confianza, la obediencia y la humildad de María con respecto a Dios, justamente lo contrario que se había dado en el pecado original.

El relato del pecado no se muestra completo, pero sí aparece completo el relato de la Anunciación: María dialoga con el ángel, en el fondo, dialoga con Dios, y de esta forma da paso al Salvador de los hombres, le abre la puerta y lo introduce en la vida ordinaria de los hombres, en su historia. María no teme, ni se esconde de la presencia de Dios, sino que entra en diálogo con él para obedecer y nos engendra al Salvador con su fe y con su obediencia. El milagro de la concepción inmaculada de María tiene esta meta: su sí, su santidad libremente asumida, su maternidad, que es una maternidad *para* nosotros.

Dios hizo con ella un milagro, que no era sino una aplicación de los méritos de su Hijo y de la victoria que con la cruz y la resurrección su Hijo lograría. Pero con ese milagro Dios dejó en manos de María, en manos de su libertad, en manos de su humildad, de su obediencia, de su confianza en Dios, la obra de nuestra salvación. Entrando en diálogo con Dios y diciendo «sí» a Dios, ella se convierte en la mujer que pisa la cabeza del diablo.

Nosotros hoy seguimos experimentando el poder del pecado, todos nosotros, y sus terribles consecuencias. Cada uno de nosotros sigue experimentando la fuerza del pecado. Pero en medio de

esta experiencia sabemos que su poder ha sido ya vencido. Lo ha vencido María y definitivamente lo ha vencido Cristo, el fruto bendito de María Inmaculada.

Al mirar a María y su «sí» a Dios, al mirar el fruto bendito de su seno, no miramos un ejemplo lejano y difícil de seguir. María no es un símbolo de la lucha contra el pecado, sino alguien real y cercano. No contemplamos esto desde lejos, sino que nos refugiamos en la compañía y en el auxilio de Aquella que ahora es nuestra madre, en el poder de Aquel que se ha hecho como nosotros, el que ha vencido definitivamente el pecado y la muerte.

María es nuestra Madre y vive. Cristo, su Hijo, es nuestro Salvador y vive. Nosotros somos débiles, pero ellos ya han vencido. Nosotros nos refugiamos en ellos y nos ponemos tras ellos para participar de su victoria. Con ellos, tampoco nosotros nos escondemos de Dios, pensando que nos rechazará. Con ellos también nosotros escuchamos a Dios y aprendemos a no escondernos de Dios, sino a acercarnos para hallar clemencia. Aprendemos, poco a poco a decir «sí» a Dios. Basta no separarnos de ellos. Con ellos nos introducimos poco a poco en el camino de la santidad.

Tenemos con nosotros a la Inmaculada, a la Purísima, la que nos da a Cristo. Ella no es un título, ni un ser lejano. Ella es nuestra madre, la madre de la Gracia. ¡Acudamos a su intercesión para alcanzar gracia y fuerza para fiarnos de Dios, para no escondernos de su amor, para amarlo también nosotros.

Cuando contemplamos la belleza de María, la belleza de su pureza, la alegría que nace de su santidad, lo que hacemos es también contemplar la belleza de lo que Dios ha pensado para cada uno de nosotros, creados para la santidad, que nos recordaba la lectura de san Pablo. Contemplamos esto y no lo hacemos con tristeza, como si fuese un camino imposible para nosotros. Tenemos a Santa María Virgen, que ya ha vencido el pecado y tenemos a su Hijo Jesucristo, que nos ha traído la salvación.

Lo que hacemos hoy, además de darle gracias a la Virgen y alegrarnos con ella, es ponernos a sus pies, ponernos bajo la protección de la que es poderosa en su humildad. Nos ponemos bajo su poderosa intercesión.

¡Alabado sea Jesucristo y alabada sea su Purísima Madre!

P. Enrique Santayana C.O.